

E. L. MANGOS.-

I

Fué el regreso de la última expedición ballenera de aquel año cuando, cumplida mi cantrate, desembarqué en ese puerto carbonero, en el cual no me hubiera detenido a no ser por la señorita Kitty, por su linda carita de ingenua, por sus maravillosas pantorrillas... ¡Ah, la señorita Kitty!...

Por aquel entonces yo contaba veinte años y era lo que se llama un buen muchacho, demasiado bueno quizás, a pesar de haber vivido tanto tiempo con los strabiliarios hombres a quienes el mar ha enseñado su gran lección de energía y desprecio.

Si; yo era demasiado bueno; por eso cuando aquella noche crucé el umbral del "Bar la Marina", me quedé algo cortado ante la concurrencia que lo llenaba. Aparecía allí reunido todo lo más selecto del oficio: los viejos lobos de mar que yo miraba con veneración; los jóvenes gaviros de fuertes bíceps, que tan gallardamente trepaban por las arboladuras; los maquinistas de los barcos de vapor con sus caras imposibles y sus trajes de mezclilla. En fin, todos mis superiores en el rol terrible y romántico de "hombres del océano".

El "Bar de la Marina" era un viaje caserón al fondo una callejuela próxima a los malecones. Desde las ventanas de la sala principal, baja de techo y pintada de un indefinible color oscuro, podía verse un trozo de mar en el cual se mecían algunos barcos y apareciendo sobre los techos de los Almacenes de la Aduana, los mástiles de los grandes veleros fondeados más lejos. En los primeros momentos de hallarse en aquel recinto hacía imposible la respiración, ¡tan cargada de humo y de vahes alcohólicos estaba su atmósfera!

Yo, saludando al pasar a dos o tres amigos, me arrinconé junto a una mesita con mi vaso de gin.

Allí me entretenía observando las caras de mis vecinos; caras rudas, enérgicas; ojos que nunca desviaban la mirada, ojos que nada temían y que nada de nuevo podían ver ya; manos poderosas de las cuales más de una vez dependió la vida de toda una dotación y que, acaso por eso, tenían adamanes magníficos. Tales eran los hombres que en torno mío habían y gritaban en desorden, mientras un mal piano y un peor violín batían una musiquilla canalla y triste.

De pronto el atronador bullicio se apagó. Hacia el fondo de la sala, en el sitio ocupado por una especie de proscenio, algo llamaba la atención de mis contertulios. Miré curiosamente. Era la señorita Kitty, que iba a empe-

El Manco [manuscrito] Salvador Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Reyes, Salvador, 1899-1970

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Manco [manuscrito] Salvador Reyes. 5 hojas ; 33 x 21,5 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile